

◆◆ Los pequeños grandes libros.— 1. ◆◆

PEDRO KROPOTKINE

An 29
974

Un Siglo de Espera

El gobierno revolucionario

SEGUNDA EDICIÓN

✻ 25 cénts. ✻

Centro Editorial PRESA

115, HOSPITAL, 115

BARCELONA

190-



◆ ◆ Los pequeños grandes libros. — 1. ◆ ◆

PEDRO KROPOTKINE

Un siglo
de espera

EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO

Traducción del Centro Editorial Presa

SEGUNDA EDICION



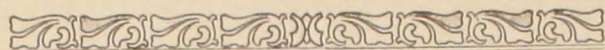
BARCELONA

— Centro Editorial Presa —

115—HOSPITAL—115

▼

Talleres de Artes Gráficas
de **Garós y Bartoli**
Provenza, 197.—Barcelona



Un siglo de espera

I

Los astrónomos cuentan los siglos por números; para ellos, el siglo XIX comenzó en 1801 y el XX principia en 1901. Mas no ocurre lo propio al que observa la humanidad como historiador y trata de darse cuenta de los grandes movimientos y de los grandes cambios acaecidos en la vida de las sociedades. Se ve obligado á contar los siglos por los acontecimientos históricos y sobre todo por las revoluciones que, destruyendo en pocos años los prejuicios y las instituciones viejas, dan la consigna para la evolución venidera, hasta que otra revolución viene á depositar el peso de los levantamientos populares en la balanza y á abrir una era nueva para la marcha hacia adelante.

Sin embargo, ha sucedido que, por una ú otra causa, desde hace quinientos años el siglo histórico no se diferencia mucho, al menos en Europa, del siglo astronómico; el fin de cada siglo se ve marcado por una de esas grandes revoluciones que imprimen un nuevo carácter al desarrollo de la humanidad. En 1879 la Revolución estalló en Francia, sucediendo á la de América; de 1648 á 1688, la revolución se produjo en Inglaterra; de 1567 á 1580 en los Países Bajos; á fines del siglo XIV en Bohemia. Todo induce á creer que nuestro siglo no será una excepción de la regla (1); que los astrónomos no habrán registrado la llegada del siglo XX sin que la revolución haya rematado el siglo XIX y haya empujado á las sociedades civilizadas en una nueva dirección.

Efectivamente, el período que media entre esas dos grandes revoluciones, ha tenido siempre un carácter bien marcado, que debe á la naturaleza de la revolución por que comenzara.

Esfuézense los pueblos para realizar en sus instituciones la herencia legada por ésta; mas como la tal herencia es siempre incompleta y engendra abusos á su vez, nuevas ideas surgen. Acabando de demoler las instituciones del pasado, la sociedad rejuvenecida tropieza con nuevos prejuicios y privilegios. Lucha, hace tentativas de levan-

(1) Por desgracia, lo ha sido; pero valiéndonos de las propias palabras del gran apóstol, todo induce á creer que el supremo instante se aproxima.

tamientos (tentativas la mayor parte abortadas como 1848 ó 1871), y el descontento crece, desbórdase entonces: una nueva revolución se hace necesaria. Échase de menos una nueva afirmación de los principios nuevos.

Tal es la marcha de la historia, tal el pasado, tal el presente. Así, pues, una ojeada retrospectiva al tiempo transcurrido después de la Gran Revolución nos ayudará á mejor comprender, á nosotros, que tenemos la dicha de vivir en vísperas de otra Gran Revolución, lo que tendremos que hacer; con ayuda de las circunstancias, para manifestar nuestra voluntad y destruir las instituciones que estorban la marcha hacia adelante.

* * *

Dos grandes hechos caracterizan el siglo transcurrido desde 1879, hijos los dos de la Revolución francesa, que tomara á su cargo la obra de la Revolución de Inglaterra, ensanchándola y vivificándola con todo el progreso cumplido desde que la burguesía inglesa decapitó á su rey, poniendo el poder en manos del Parlamento. Estos dos grandes hechos son la abolición de la esclavitud y la abolición del poder absoluto. Reemplazado actualmente el uno por el régimen capitalista y el otro por el régimen parlamentario.

La abolición de la servidumbre y la abolición del poder absoluto, confiriendo al individuo liber-

tades personales con que el siervo y el súbdito del rey no se hubiesen atrevido á soñar, pero que debían á la postre traer el reinado del Capital; he ahí la obra del siglo xix. Comenzado en 1789 por Francia, ha necesitado cien años para conquistar Europa. Mas apenas ha concluído, apenas, en la vaga venida de Occidente, ha tocado el mar Negro y las fronteras del Asia, cuando nuevas tendencias, nuevas aspiraciones, la aspiración al socialismo, se abren paso, y una revolución está ya á punto de estallar para satisfacer esas tendencias nuevas, esa sed de libertad y de igualdad para todos.

La obra de liberación, comenzada por los aldeanos franceses en 1789 (ó mejor dicho en 1788), fué continuada en España, Italia, Suiza, Alemania y Austria por los ejércitos de los descamisados. Desgraciadamente apenas penetró en Polonia y no entró en Rusia.

La esclavitud hubiese acabado en Europa en la primera mitad del siglo, si la burguesía francesa, llegando al poder en 1794, saltando por encima de los cadáveres de los Anarquistas, de los Cordeleiros y de los Jacobinos, no hubiera detenido el impulso revolucionario, restablecido la monarquía y entregado Francia al escamoteador imperial, al primer Napoleón. El exgeneral de los descamisados se apresuró á restablecer los derechos de los señores y prestar nueva fuerza á la aristocracia. Pero el impulso estaba dado, y la institución de la esclavi-

tud había recibido un golpe mortal. Fué abolida en Italia y España, no obstante el triunfo temporal de la reacción. Gravemente honda en Alemania, desde 1811, desapareció definitivamente en 1848; Rusia se vió obligada á emancipar á sus siervos en 1861, y la guerra de 1878 dió el golpe de gracia á la esclavitud en la península de los Balkanes.

El cielo está hoy entero. El derecho del señor sobre la persona del aldeano no existe ya en Europa, ni aun allí donde queda todavía el rescate de los derechos feudales, lo que hace que en este momento Rusia se halle exactamente en la situación en que se encontraba Francia en visperas de la gran Revolución.

Los historiadores descuidan este hecho. Zambullidos en las cuestiones políticas, nos hablan de todo lo del mundo, ciencias, religión, guerras, etcétera, cuando estudian el siglo xix. Mas no se percatan de la importancia de la abolición de la esclavitud, que es sin embargo el rasgo esencial de nuestro siglo. Las rivalidades entre naciones y las guerras consecuencia de ellas, la política de Alemania, Francia y de Italia, de las cuales se habla tanto, todo deriva de un hecho: la abolición de la servidumbre personal y el desarrollo de la servidumbre asalariada que la ha substituído.

El campesino francés, al rebelarse, hace cien años, contra el señor que le enviaba á construir estanques para impedir que las ranas cantasen mientras dormía, libertó á los campesinos de Eu-

ropa. Quemando el papelote en que estaba consignada su sumisión, incendiando los castillos y ejecutando, durante cuatro años, á los señores que se negaban á reconocer sus derechos á la humanidad, puso en movimiento á la Europa, hoy liberada en todas partes de la humillante institución de la servidumbre.

* * *

La abolición del poder absoluto, por otra parte, empleó también cien años para dar la vuelta á Europa. Atacado en 1688 en Inglaterra y vencido en Francia en 1789, el poder real de derecho divino no es ejercido actualmente más que en Rusia y en Turquía; y aun aquí se encuentra en sus postreras convulsiones. Hasta los pequeños Estados de los Balkanes tienen sus Parlamentos, gallineros, sin duda, pero gallineros que permiten á los burgueses el gobierno de los pueblos, como los reyes gobernábanlos antes.

Así, pues, en este concepto, la Revolución de 1879 cumplió su cometido. La igualdad ante la ley y el gobierno representativo, esos dos principios que apasionaron á nuestros abuelos, toda la Europa, excepción hecha de Rusia, los tiene en sus códigos. En teoría, la ley es igual para todos, y todos tienen derecho á tomar parte en el gobierno.

Demasiado sabemos lo que hay en esto de real. Sabemos lo que viene á ser esa «igualdad ante la

ley», fórmula que sirve para ocultar la sumisión del pobre al rico, del trabajador al capitalista. Y sabemos también lo que viene á ser la ley misma y el gobierno representativo, por el cual la burguesía se apoderó del poder arrancado al Tribunal.

Así es, que, cuando se nos habla de los grandes principios de 1789 ó de 1793, y no há mucho tuvimos una avalancha de discursos en este sentido, respondemos que esos principios han dado todo lo que podían dar. Si la libertad no existe, si la igualdad no es aún más que un sueño y la libertad sólo una palabra, no quiere decir esto que los dos principios de la Revolución no hayan recibido su aplicación completa. Quiere decir que no bastan por sí solos.

Otros principios,—principios fecundos en otro sentido que los enunciados con muchas frases efectistas en las *Declaraciones* de los burgueses,— fueron proclamadas por el pueblo en sus clubs revolucionarios de 1789. Los burgueses distan mucho de reivindicar estos principios, aun cuando ellos fueran los primeros en guillotinar á los «anarquistas» ó á los «fautores de anarquía» que los propagaban. Pero la guillotina no ahogó estos principios. Viven en el seno de las masas: se han madurado, han tomado cuerpo á través de cien años: se les reconoce en cuanto se ha hecho en el transcurso del siglo; y de estos principios, maldicidos por los burgueses y aclamados por los tra-

bajadores, es de los que vamos á hablar. Los veremos enunciarse, crecer, desarrollarse y próximos á afirmarse públicamente, en la calle, en el tumulto de la revolución.

II

La abolición de la esclavitud y del poder absoluto de los reyes, tal ha sido la obra cumplida por el siglo. ¡Pero con qué lentitud, y cuántos retrocesos! En cuanto la burguesía llegó al poder en Francia, en cuanto recibió carta blanca para explotar á los trabajadores, sin trabas por parte del Estado y de la aristocracia, se apresuró á hacer la paz con los nobles, á quienes perseguía sin piedad en 1793.

Aclamó á un emperador para detener el movimiento revolucionario, que pedía ya la igualdad de las fortunas, la muerte de los acaparadores y de los agiotistas burgueses, el socialismo, en una palabra, ya bien indicado en la conspiración de Babeuf.

Más adelante volvió á llamar á los Borbones, se apresuró á devolver una parte de sus bienes á los nobles emigrados, apoyó al poder real contra la nación, bajo Carlos X y bajo Luis Felipe, mantuvo el sufragio limitado, hasta que un aventurero encubierto con el nombre de Napoleón, restableció

el sufragio universal, buscando un apoyo en las masas. Y cuando, por dos veces, el pueblo de París proclamó la República, ahogó los levantamientos con sangre.

No aceptó la República sino cuando estuvo segura de que, al igual de la monarquía, no se metería con sus privilegios y combatiría las tendencias socialistas, que el pueblo asociaba instintivamente á la palabra República, así en 1848 como en 1793.

En cuanto á las otras naciones europeas, fué menester la revolución de 1848 para que acabase en Alemania la servidumbre y dar los primeros pasos hacia un gobierno constitucional. Fueron necesarios formidables levantamientos de aldeanos en Italia y en Rusia para que la servidumbre corporal desapareciera. Fué precisa una serie de luchas, de listas de mártires, de hecatombes de rebeldes, para que la obra del siglo se ampliase.

Pero puede decirse que no faltó á la misión que la revolución le había legado. El señor, dueño del suelo y de los campesinos por derecho de nacimiento, ha desaparecido. La burguesía reina en Europa; y si en Rusia los antiguos poseedores de siervos conquistaron un nuevo ascendente después del advenimiento de Alejandro II, su poder no puede ser sino de corta duración. En Rusia, como en otras partes, es el burgués quien gobierna, y el autócrata Alejandro II es su primer servidor. Se cree soberano absoluto, mas no se atreve á

dar un paso sin preguntarse qué piensan de él los manufactureros de Moscú y los barones de la alta banca.

El sufragio es aun limitado en Bélgica; el Parlamento no es nada menos que omnipotente en Alemania, y los sencillos pueden todavía apasionarse para obtener el sufragio universal y la supremacía del parlamento; mas, en Bélgica el sufragio universal, como en Alemania la supremacía parlamentaria, no ocasionarían ningún cambio; Bismark era más fuerte que el Parlamento, porque habiendo comenzado su carrera como defensor de la aristocracia del comercio, había cambiado de lugar. Llegado á la personificación de la burguesía contra las pretensiones de los señores, se hizo señor.

*
* *

Pero el siglo XIX tiene en su activo una conquista más, de que es preciso hacer mención. Fué el primero en reconocer los derechos de las nacionalidades; y aquí también su obra está casi acabada.

La Grecia, que gemía bajo el yugo de los turcos, es libre. La Italia, en otro tiempo dividida en pedazos, es una; el extranjero no pone los pies en su suelo. La Hungría es independiente. Los Estados de los Balkanes no están ya dominados por los turcos. Quedan aún la Irlanda y la Polonia.

que tratan de conquistar su independencia; la Finlandia, siempre amenazada por el capricho del emperador ruso, y las pequeñas nacionalidades eslavas, oprimidas hoy bajo la dominación húngara, como los húngaros lo estaban en otro tiempo bajo la dominación alemana, mientras que la Servia y la Bulgaria son juguetes en manos de sus vecinos: el primo de Austria y el primo de Rusia.

Esta cuestión de las nacionalidades puede parecer fútil á los trabajadores de la Europa occidental, que felizmente no saben lo que es estar dominado por el extranjero, verse contrariado en sus costumbres, ofuscado por la presunción del presuntuoso señor, por su carácter nacional distinto y su desprecio por la raza conquistada. Mas para los que han sufrido esta tiranía, la independencia nacional es antes que todo.

El campesino se une al señor en un odio común, olvidando que su compatriota será tan duro como el extranjero en cuanto sea señor á su vez. Poco importa; aborrece al extranjero, porque todo en él, su modo de andar, de hablar, de tratar al pueblo conquistado, le repugna. En una nación sometida á otra, el progreso, la marcha hacia adelante, están ahogados en germen. Mírese la Servia: nada de cuestiones sociales mientras gobierne el turco; y rechazado el turco, la cuestión social surge súbitamente. Hablad de socialismo al irlandés, os responderá: «¡Comencemos por echar al inglés!» Hace mal, cierto que hace mal; pero el odio de raza se sobrepone á la razón.

Así es que la historia del siglo XIX es un largo martirologio de patriotas tratando de emancipar á los pueblos del yugo extranjero. Admiramos hoy á la juventud rusa, nos extasiamos ante su abnegación, lloramos sus infortunios. Y es preciso saber que todos esos sufrimientos son poca cosa, comparados con los que experimentaron las sociedades secretas de la «joven Hungría», la «joven Polonia», la «joven Italia», sobre todo, burgueses y trabajadores unidos en una idea común, la emancipación de la patria.

* *

Esto en cuanto al pasado. Saltemos al porvenir.

Aquí, vastos horizontes se abren ante nosotros, horizontes que prometen á la humanidad la realización de sus más altas aspiraciones; y en este sentido la obra del siglo XIX es inmensa, colosal. Ningún otro preparó lo que la próxima revolución promete á nuestros sucesores. Podemos considerarnos dichosos por vivir en *este* siglo, en vísperas de *esta* revolución.

III

Una reforma es siempre un compromiso con el pasado, se limita á modificarle más ó menos; mien-

tras que una revolución planta siempre un jalón para el porvenir; por pequeño que sea, el progreso cumplido por la vía revolucionaria, es una promesa de otros progresos. El uno se vuelve hacia atrás, el otro mira hacia adelante y va más allá de su siglo. Toda la historia prueba esto, que es lo que acaeció cuando la Revolución de 1789-93.

Por burguesa que fuera esta Revolución en lo que respecto á sus resultados, ella fecundó el germen del Comunismo y de la Anarquía en el seno de la sociedad moderna. Los que en la actualidad quieren hacernos creer que la Revolución no tenía otro objeto que abolir los últimos vestigios del feudalismo y de limitar la autoridad real, dan pruebas de ignorancia ó de mala fe. Un pueblo entero no se alza por tan poca cosa: no se pone en rebeldía abierta durante cuatro años, con el sólo fin de abolir una institución moribunda ó de cambiar el gobierno. Para que una Revolución tan considerable como la del siglo pasado llegue á estallar, es menester que una oleada de ideas nuevas circule por las masas, que un mundo nuevo, basado en relaciones nuevas, en una moral nueva, en una vida nueva, se dibuje en los espíritus.

* *

Realícense, en efecto, los escritos de Diderot, de Rousseau, y aun los de aquellos que, como Sie-

yés y Brissot, hiciéronse más adelante los defensores jurados de los derechos adquiridos por la burguesía; se verá que están imbuidos de socialismo, mejor dicho, de comunismo, y se comprenderá que la palanca que levantó al pueblo francés y le dió la energía necesaria para luchar contra los conjurados de fuera y de dentro, fué una visión de porvenir comunista.

La misma fórmula de *Libertad, Igualdad, Fraternidad*, que no era una frase vana en aquella época,—moríase por ella,—dijo bastante lo que el pueblo francés veía en la Revolución.

En efecto, las ideas de los precursores de la Revolución podrían servirnos hoy todavía de programa. Diderot, en sus obras, al menos, sino en su vida, fué profundamente anarquista. Rousseau saca su fuerza y su inmensa influencia de sus aspiraciones comunistas. Si, no obstante su crítica soberbia de las modernas sociedades, cayó lastimosamente en un ideal de república suíza, él fué quien negó el derecho á apropiarse del menor trozo de terreno; él fué quien se atrevió á decir que un gobierno, cualquiera que sea, no sería justificable á no componerse de ángeles, es decir, de seres que no existen. Y el mismo Sieyés, ese futuro agente de la burguesía ¿no negó el derecho de propiedad? ¿No dijo Brissot que era un robo? ¿Y no propagaron un hábito de comunismo en centenares de folletos, toda una serie de escritores menos conocidos?

Y justamente este hábito de comunismo fué el que animó á las masas.

* * *

La leyenda consagrada representa al 14 de Julio como una revolución contra la tiranía real. Pero se olvida de decirnos que el 12 de Julio el pueblo de París quemaba las oficinas de consumos, que el 13 comenzaba á despojar á los ricos, y que si la burguesía se apresuró á armarse, lo hizo tanto contra los parias como contra el rey.

Para resistir á los que llamaban «bandidos», organizó su milicia en las capitales de provincia inmediatamente despues de la toma de la Bastilla. «—¡Los bandidos vienen, al arma!» tal fué el grito que resonó de un extremo á otro de Francia.

Ahora bien: ¿Quiénes eran aquellos bandidos á los cuales los burgueses hacían la guerra y que ahorcaban soberanamente? Los bandidos eran los socialistas, los anarquistas entonces, era la masa de los parias de los campos luchando contra sus señores, nobles y burgueses.

Y más adelante, los que Mignet designa en su historia con el nombre de *anarquistas*,—como se ve la palabra es vieja,—eran también el pueblo, la masa, que, en presencia de las medidas anti-igualitarias, anticomunistas de la Constituyente, de la Legislativa y de la Convención, recomenzaba la sublevación de las ciudades y en los pueblos, pro-

clamaba la «Commune», se apoderaba de las provisiones, ahorcaba los acaparadores, requisaba á los burgueses y mantenía el estado revolucionario.

*
* * *

Nuestros abuelos eran comunistas. Cierto que sus ideas acerca del asunto eran muy vagas. No habían formulado los rasgos esenciales de una sociedad comunista, y se dejaban arrastrar á medidas igualitarias en cuanto á la forma, pero que cerraban en sí el germen de futuras desigualdades. Salidos de la servidumbre, proclamaban la libertad completa del individuo, olvidaban el lazo de solidaridad que debe unir entre sí á los hombres libres. La aspiración era confusa todavía, pero su esencia era comunista.

Aboliendo los últimos vestigios del feudalismo, los aldeanos creían proclamar la nacionalización del suelo, el derecho de cada cual á cultivarle, el deber para todos de asegurarse mutuamente la vida y el trabajo.

Aboliendo el señorío y la veeduría, así como los derechos de las ciudades sobre los campos, los trabajadores afirmaban el derecho al bienestar para todo trabajador. La Commune con que soñaban sin encontrar palabra para expresar su pensamiento, era la «Commune» de los iguales, unidos en un trabajo común,

El pueblo dueño del suelo, el trabajador dueño de los útiles, y la «Commune» organizadora por sí misma de su trabajo y de su consumo, tal fué, sin duda alguna, la idea que inspiró á los revolucionarios de 1793. Concepción vaga, demasiado vaga para encontrar formas reales, y sin embargo poderosa. Es con frecuencia encontrada en los discursos de los oradores populares de aquella época.

Y cuando vieron lo poco que la realidad se asemejaba á sus sueños, cuando se percataron de que habían sido engañados, los proletarios organizaron sociedades secretas, á sabiendas comunistas; ejemplo: la sociedad de Babœuf.

Pero era ya demasiado tarde; el último esfuerzo de la Revolución ya agonizante, no dió ningún resultado.

*
* * *

La gran Revolución legó su herencia á la posteridad. Francia cayó bajo el talón de un bandido. Surgió al punto el terror blanco, cruel en otro sentido que las sangrientas jornadas de 1793. Pero la semilla estaba echada, y al cabo de cincuenta años el comunismo renaciente lanzaba al pueblo francés á una nueva revolución, la de 1848.

Y el comunismo dió también la vuelta al mundo. Buscó su fórmula en Roberto Owen, Fourier, Saint-Simón, los revolucionarios de 1848. los Congresos de la Internacional. La herencia de la Re-

volución se acrecentó. Y el siglo que inauguró llevará probablemente en la historia el nombre de siglo del socialismo naciente.

IV

El íntimo resorte que dió á nuestros abuelos la fuerza de resistir á la coalición de los conjurados del interior y del exterior, fué ciertamente su aspiración á la igualdad de condiciones económicas. Y este ideal encuéntrase en el fondo de todos los movimientos, ya filosóficos, ó bien populares, que después se han producido.

La idea madura se precisa, se completa al fin, para encontrar su verdadera expresión, prevista desde hace mucho tiempo, mas siempre olvidada, la del comunismo anarquista.

* * *

El ideal de las revueltas de 1789 á 93 era, no obstante muy vago. El campesino no quería que se le quitase la mitad de la cosecha; no admitía que un holgazán fuese propietario del suelo que él, labriego, no quería sino poder cultivar. Veía que las tierras en otra época poseídas por toda la comunidad, pasaban á manos de las señores, y que la ley sancionaba este bandidaje, cual lo sanciona to-

davía en Inglaterra. Reclamaba estas tierras sin preguntarse de qué modo la «Commune» las repartiría cuando se tornasen propiedad comunal. Así es que no fueron recuperadas (en parte), sino para pasar á manos de las negras bandas de burgueses. Y mientras los burgueses del campo se enriquecían, los propietarios campesinos, quedaban después de la Revolución tan pobres como eran antes.

Por otra parte, los trabajadores de las ciudades se rebelaron contra la especie de feudalidad burguesa que los explotaba; pero también sin saber lo que pondrían en su lugar. Sólo más adelante, á medida que fué creciendo la Revolución, vióse dibujarse en ellos un vago ideal de «Commune» comunista, obligada á proporcionar el sustento de los trabajadores, procurándoles trabajo, aboliendo las desigualdades de fortuna: la *igualdad de fortunas* se hizo la consigna de los proletarios urbanos. «Pero ¿cómo esa igualdad de fortunas podría realizarse? Pues bien, se guillotinaría á los ricos, se pondría á los descamisados en el Municipio, en la Convención.» Tal fué la respuesta, la única respuesta que cupo dar al pueblo en aquellos tiempos. Y hoy, después de cien años, todavía se encuentra una secta de revolucionarios jacobinos que impiden que el pueblo estudie las medidas que se han de tomar contra los explotadores, gentes que quieren que el pueblo guillotine sin cesar, mientras que ellos ¡maliciosos! buscarán más adelante las soluciones económicas.

Y se guillotina en 1793. Ricos y pobres, nobles y lacayos, reinas y princesas, subieron al patíbulo. Pero, por cada aristócrata que se guillotina, surgían diez burgueses, tan malos, más malos aún para la plebe, que el señor decapitado.

Y las negras bandas de burgueses recién nacidos saqueaban la Francia.

Y el agiotaje creaba riquezas ante las cuales palidecían las fortunas de los ricos de antes. Los Rothschilds hacían de ellas los cimientos de sus futuros bancos.

El pueblo purificaba la Convención y la «Comune» por la guillotina; llevaba á Marat en triunfo y decapitaba á los girondinos. Pero sin más resultado que hacer sitio, dejar el campo libre á aquellos á quienes desde entonces se llamaba «los sapos del pantano»; aquellos feroces terroristas se transformaban en patriotas bajo el Directorio, en senadores bajo Bonaparte, y nos gobiernan todavía con el nombre de oportunistas, de liberales, de radicales.

* *

Una vez la revolución escamoteada, y luego vencida, después del triunfo de la reacción y las sangrientas represalias del terror blanco, algunos se pusieron á estudiar el problema legado al siglo XIX por la Revolución.

«La igualdad de las condiciones económicas»,

tal había sido el testamento de la Revolución agonizante. Y queriendo el instinto popular hacer efectivo ese testamento, tres generaciones se sucedieron en esta investigación: Fourier, Roberto Owen, Saint-Simon, Cabet y otros muchos, no hicieron más que formular los pensamientos que entonces ocupaban los derechos en Francia y en Inglaterra. No inventaron nada, como tampoco los pensadores anarquistas de nuestros días han inventado las teorías que hoy desarrollamos. Se esfuerzan para traducir la idea popular.

* * *

He aquí cuál fué la idea madre que los guió:

«La revolución ha ciertamente mejorado la situación de la mayoría. Sin embargo, ha creado condiciones que, necesariamente, han traído consigo la explotación del hombre por el hombre. El genio humano, lanzado en una nueva vía por la invención de la máquina de vapor, máquina que pone á su servicio millones de trabajadores de hierro multiplicados á capricho, ha permitido multiplicar la producción de todo lo que es necesario á la vida. Esto no obstante, la situación que la Revolución nos ha creado permite á algunos burgueses ser los únicos en aprovecharse del gigantesco desarrollo de la industria. ¿Por qué? Porque el suelo queda en manos de algunos, en lugar de pertenecer á todos. Porque el trabajador no tiene con

qué vivir si no vende su trabajo. Porque el obrero trabaja para un patrono, y no para la sociedad entera. Es necesario, pues, organizar el trabajo *societario*. Y este trabajo no puede ser garantizado mientras la sociedad no sea comunista. El trabajo en común, para un fin común, garantizará la existencia de cada cual, permitirá utilizar los progresos del maquinismo en provecho de todos y centuplicar nuestra producción, trabajando cada cual menos que hoy. Sin esto, en vano se guillotinará, se poseerá en vano: mientras el suelo y los instrumentos de producción no hagan otra cosa que cambiar de manos, la explotación del hombre por el hombre no acabará.»

Tal fué el punto de partida de todas las escuelas comunistas de la primera mitad del siglo XIX.

Mas ¿cómo organizar el comunismo? ¿Cómo mantenerle si llegara á organizarse?

Tal fué la cuestión que se irguió ante los pensadores y á la que cada cual respondía á su modo.

V

Toda la historia de la humanidad es la de una lucha incesante entre las masas que se quieren organizar sobre principios de igualdad y de liber-

tad, y las minorías que tratan de hacerse la vida agradable á expensas del trabajo ajeno. Las civilizaciones nacen y se hunden, los imperios crecen y desaparecen, las guerras ensangrientan el mundo; pero la causa de todo está siempre en la lucha de las mayorías gobernadas y las minorías gobernantes.

Esta lucha tiene lugar con caracteres que varían, según los lugares y las épocas. En el mundo antiguo, es asegurando su dominación sobre otras nacionalidades como los griegos y los romanos tratan de obtener el bienestar. Más adelante, es por la reforma moral del budhismo y la del cristianismo como los pueblos quieren ir á la igualdad. Luego, volviendo al ideal griego, es en el recinto fortificado de la «Commune» donde las poblaciones urbanas tratan, y lo consiguen hasta cierto punto, de crearse una vida de libertad y de igualdad. Pero su ideal libertario no salta los muros de la ciudad; descansa en el avasallamiento de los campos, y la «Commune» libre sucumbe. Entonces, es en los brazos de la Iglesia, soberana y universal, donde se echan las masas. La Iglesia predica igualdad y fraternidad; ¿por qué no ha de imponerlas por su autoridad espiritual ó temporal? Pero la Iglesia ha abusado de la confianza de los pobres; la aprovecha para hacerse á su vez el peor de los explotadores. Entonces, mil quinientos años después del primitivo cristianismo, es en nombre del cristianismo reformado como las masas cami-

nan á su liberación. «—¡Abajo el clero romano! ¡Que cada cual interprete la Biblia como la entienda, y la interpretarán todos en sentido comunista!» «—¡Abajo las leyes!», predicán los anabaptistas que, anarquistas de entonces, soportarán todo el peso de la Revolución. «—¡Abajo las leyes! ¡Que la conciencia de cada hombre sea el señor supremo en una sociedad comunista!» Y durante más de cien años, la Europa arde; el campesino, el hombre de la ciudad, se emancipan y ensayan el comunismo agrario ó urbano. Pero son aplastados por la unión de los burgueses y los príncipes, y no queda más que una Iglesia reformada, un clero protestante, tan ávido de riquezas y dominación como el clero romano, y algunas comunidades moravas, que se van á explotar á los groelandeses y á los negros.

Por último, perdiendo la fe en las religiones, las masas se entregan al soberano, príncipe de los príncipes, al rey absoluto, al emperador. ¡Tal vez acabe con la opresión! Pero el rey les traiciona como el sacerdote. Convertido en el señor de los señores, decupla la opresión en provecho de sus favoritos y partidarios; á la tiranía señorial agrega la tiranía del Estado. Arruina á sus súbditos, los entrega á los nobles, luego á los burgueses, con los cuales se apresura á partir el poder.

* * *

Todo ha sido ensayado y todo ha resultado

mal. Renace entonces en los espíritus la filosofía del siglo XVIII, germinada en las masas, enunciada por los pensadores ingleses y franceses, probada en sus esbozos de aplicación por la Francia de 1793, y que, desarrollándose luego, ensanchándose, ganando en profundidad, se llama actualmente comunismo anarquista.

Sus principios son muy sencillos:—No tratéis de basar vuestro bienestar y vuestra libertad en la dominación de otro; dominando á los demás, nunca sereis libres. Aumentad vuestras fuerzas productivas estudiando la Naturaleza; estas fuerzas puestas al servicio del hombre son mil veces superiores á las de toda la especie humana. Libertad al individuo, porque sin la libertad individual, no hay sociedad libre. No confiéis para emanciparos, en ninguna ayuda espiritual ó temporal; ayudaos á vosotros mismos, y para llegar á ello, desembaraos lo antes posible de todos vuestros prejuicios religiosos y políticos. Sed hombres libres y tened confianza en la naturaleza del hombre libre: sus vicios mayores le vienen del poder que ejerce sobre sus semejantes ó del poder que soporta.

* * *

Se ve como esta ruda manera de concebir las relaciones humanas se diferencian de todas las que se afirmaran en las anteriores tentativas de liberación. «El Comunismo es viejo, se nos dice. Y no

sin razón. Como tendencia, existió siempre; mas los procedimientos del moderno comunismo son nuevos.

Instruyéndonos acerca de lo que es necesario hacer para libertarnos, el siglo XVIII nos da también los medios de llegar á ello.

Mientras el hombre, por un asiduo trabajo, llegaba á producir lo preciso para vivir hasta la próxima cosecha, y se encontraba desprovisto de todo medio de existencia si el año era malo, ¿podía libertarse?

El que no tiene pan en reserva, se hace fatalmente esclavo del que lo tiene. Pues bien, la ciencia, nacida ayer, puesto que apenas cuenta un siglo, nos enseña á decuplar la producción. Diez hombres armados de máquinas poderosas pueden hacer hoy más trabajo que en otro tiempo doscientos. Diez hombres, vigilando los aparatos mecánicos, hacen en un año ropa bastante para cubrir á quinientos. Y mil hombres, secundados por las máquinas, pueden construir y amueblar en un año toda una pequeña población para albergar á veinte ó treinta mil personas.

* * *

¿Podía libertarse el individuo presa de los terrores de su propia imaginación? Mientras las maravillas de la Naturaleza no tenían sobre su cerebro más efecto que despertar en él la idea de un

Dios malo, egoísta, prevaricador como sus señores; mientras sus temores le imponían el servilismo ante todo el que cogía un palo para pegarle, ¿podía soñar con la libertad? Pues bien, la ciencia reduce esos terrores á la nada; ni rastro quedará de ellos, cuando los descubrimientos de nuestro siglo se hayan hecho patrimonio de todos.

¿Era posible hablar de igualdad y de libertad mientras el hombre pasaba por eminentemente vicioso, malo y crapuloso por naturaleza, no absteniéndose del mal sino por el miedo al diablo y al infierno, al juez y al verdugo? ¿mientras se le afirmaba que las masas deben ser tratadas de igual manera que los animales conducidos á latigazos, agrupados en rebaños? El ascetismo de los frailes del Oriente inventaba toda clase de torturas para mejorar al hombre, para impedir que de él se apoderase el mal, el diablo. Nos reímos hoy de ello, más es siempre esta concepción, modernizada y sazónada por la jerga científica, la que hace decir á los doctos sabios que sin gendarmes y sin cárceles el hombre no podría vivir en sociedad.

Pero si la ciencia oficial se pronuncia todavía en favor del verdugo, del sacerdote (positivista ó no) y del político, los hechos mismos de la vida lo condenan. La filosofía del siglo XVIII no había olvidado nada para propagar la idea del gobierno democrático y de la ley soberana, salida del sufragio universal. Mas nuestro siglo ha demostrado su inanidad, ha desmantelado esta última forta-

leza del autoritarismo, ha proclamado la Anarquía.

* * *

Y á medida que estos prejuicios perdían su poder sobre los espíritus, el Comunismo se afirmaba cada vez con más poder, acogido por los pensadores tan bien como por el pueblo; de tal suerte, que su desarrollo, desde Fourier hasta nuestros días, su elaboración teórica, sus ensayos prácticos, su inspiración arraigando poco á poco en la vida moderna, son tan características para el siglo XIX como la aplicación del vapor y el desarrollo súbito de la industria y de las relaciones internacionales.

El comunismo ha atravesado las mismas fases que los movimientos populares de los siglos transcurridos. Debiendo ser la comunidad un monasterio gobernado por sus sacerdotes, ha comenzado por subordinarse á la idea religiosa. Tomó más adelante la forma de Comunismo de Estado, La Icaria había de ser regentada por un gobierno fuerte, más potente y más meticoloso que los actuales gobiernos. La única concesión que el Comunismo gubernamental se decidía á hacer al espíritu libertario del siglo, era subdividir el territorio del Estado proclamado el Estado-«Commune», sometido al Estado-Nación. Los posibilistas aún tienen este ideal de Estado-«Commune», mientras

que algunos marxistas, comunistas siempre, están por el Estado-Nación.

Y sólo á fines del siglo, en el seno de la Internacional anarquista, el Comunismo sin Dios ni señor, llega á afirmarse. Aún es joven. Pero, si se meditan las fases de la evolución que no hemos hecho más que indicar, se verá de quién es el porvenir; se verá quién da la espalda al progreso, quién marcha hacia adelante; quién trabaja contra la evolución, y quién obra en el mismo sentido.

* * *

La civilización que nació en Europa después de la caída de las civilizaciones impregnadas del despotismo asiático, empleó mil quinientos años para desembarazarse de las trabas que el Oriente había puesto.

No sólo tuvo que rechazar las invasiones del Oriente, detener la ola de hunos, de mongoles, de turcos y de árabes que invadían sus llanuras y sus islas, tuvo asimismo que combatir las concepciones políticas del Oriente, su filosofía, su religión, y, en cuanto empezó á verse libre de todo esto, creó de un golpe esa ciencia moderna que le permite en un siglo cambiar la faz del mundo, centuplicar sus fuerzas, encontrar la riqueza en el suelo, contemplar el universo sin temor. Ha quemado los ídolos importados del Oriente: Dios, gobierno, pro-

piedad privada, ley impuesta, moral exterior. El pensamiento libre no los reconoce.

Falta ahora quemarlos realmente, después de haberlos quemado en efigie. Falta demoler esa andamiada que ahogaba el pensamiento, que aún impide al hombre encaminarse hacia la libertad. Y ese problema, la historia nos lo ha impuesto á los hombres de fines del siglo XIX.

Los siglos han trabajado por nosotros. Armados de su experiencia, podemos, debemos mostrarnos á la altura de nuestra tarea histórica.

EL GOBIERNO REVOLUCIONARIO



I

Que los actuales gobiernos serán abolidos á fin de que la libertad, la igualdad y la fraternidad, no sean por más tiempo vanas palabras, sino vivientes realidades; que todas las formas de gobierno ensayadas hasta nuestros días han sido formas de opresión y deben ser reemplazadas por nuevos métodos de organización, son cosas que están perfectísimamente demostradas para los que piensan desapasionadamente y son por temperamento revolucionarios.

Para decir la verdad, no es necesario ser gran innovador, como tampoco para llegar á la dicha conclusión; los vicios de los gobiernos de hoy día y la imposibilidad de reformarlos, son demasiado patentes para que puedan escaparse á la penetración de un observador imparcial.

La idea de acabar con los gobiernos surge, ha-

blando en general, en ciertos periodos, sin grandes dificultades. Hay momentos en que los gobiernos comienzan á deshacer sus propias obras, como castillos de naipes, ante el impulso revolucionario de un pueblo. Claramente se vió lo que decimos en 1848 y 1870 en Francia.

* * *

El objeto final de una revolución de la clase media es derribar un gobierno.

Para nosotros, derribar un gobierno es sólo el comienzo de la revolución social.

Una vez sin timón el mecanismo del Estado, desorganizada la jerarquía burocrática que lo sostiene y derrotado el ejército de los defensores del capital, es cuando nosotros debemos llevar á cabo la gran obra de destruir las instituciones que perpetúan la esclavitud política y económica.

De este modo se adquiere la posibilidad de obrar, de actuar libremente.

¿Qué deben hacer los revolucionarios?

A esta cuestión, nosotros nos limitamos á responder:

«No más gobiernos; lo que debemos realizar es el principio anarquista.»

Todos los demás dicen:

«Constituyamos un gobierno revolucionario.»

Los que así hablan, sólo difieren en la forma que debe darse al gobierno denominado revolucionario.

Unos quieren que sea elegido por sufragio universal en el Estado ó en el Municipio; reclaman otros la dictadura revolucionaria.

¡Un gobierno revolucionario! He aquí dos palabras que suenan rudamente á todos los que saben lo que es la revolución social y lo que significa el principio de gobierno, dos cosas que se contradicen, que se aniquilan.

Hemos visto muchos gobiernos despóticos, porque el despotismo es la esencia de todos los gobiernos, pues siempre se colocan al lado de la reacción y frente á frente de la revolución; pero nunca llegamos á ver un gobierno revolucionario.

Y la razón de esto es sencillísima.

La revolución, sinónimo de desorden, de destrucción, de aniquilamiento de las más venerandas instituciones, en unos pocos días de violenta demolición de la propiedad establecida, de la supresión de clases, de veloz transformación de las ideas corrientes de moralidad, ó mejor dicho, de la hipocresía que la substituye, de libertad individual y acción espontánea, es la negación rotunda, la oposición, precisamente, del gobierno, que por su parte significa el orden establecido, la conservación de las instituciones vígentes, la negación de la iniciativa y de la acción individuales.

Y sin embargo, á cada momento oímos hablar de ese tordo blanco, cual si un gobierno revolucionario fuese la cosa más natural del mundo, y tan

común y tan conocida como la monarquía, el imperio ó el papado.

*
**

Que los revolucionarios de la clase media prediquen ideal tal, compréndese fácilmente, pues demasiado sabemos lo que ellos entienden por revolución. Todo se reduce á una imitación de república burguesa y al acaparamiento de los empleos lucrativos, antes reservados á los monárquicos. Implica, cuando más, la separación de la Iglesia y del Estado, y como compensación al concubinage de ambas, la confiscación de los bienes eclesiásticos en beneficio del Estado, y principalmente en beneficio de los futuros administradores de la riqueza pública.

Pero que los socialistas revolucionarios se transformen en apóstoles de aquella idea, cosa es que sólo puede explicarse de dos maneras: ó los que la aceptan se hallan imbuídos por los prejuicios de la clase media, que inconscientemente toman de la literatura y en especial de la historia escrita por dicha clase, con el espíritu de servidumbre heredado de muchos siglos de esclavitud, y por tanto no pueden concebir la posibilidad de ser realmente libres; ó no desean tal revolución, aunque sin cesar tengan en los labios la palabra, y ansian ó se contentan, en resumen, con un simple plagio de las instituciones existentes, á condición

de gozar del poder y encontrarse más adelante preparados para acallar al pueblo tan pronto como sea necesario.

Estos últimos combaten hoy á los gobiernos porque no pueden ocupar su lugar.

No discutiremos con gente de tal calaña; nosotros sólo podemos hacerlo con los que honradamente mantengan una opinión.

*
**

Comenzaremos por la primera de las dos formas de gobierno, es decir, por el gobierno de elección popular.

Imaginémonos destruida la autoridad monárquica ó republicana, y vencido el ejército de los defensores del capital; la agitación se extiende en todo sentido, y todo el mundo se ocupa de los asuntos públicos; nadie quiere quedarse atrás; hay un vivo deseo por marchar adelante. Surgen nuevas ideas, y se comprende la necesidad de operar cambios profundos, formales, decisivos. Es menester obrar, comenzar sin tardanza el trabajo de demolición á fin de dejar el camino franco á la nueva vida.

Pero ¿qué se quiere hacer? Convocar al pueblo á elecciones, elegir un gobierno en seguida, y confiarle luego el trabajo que todos y cada uno de nosotros debiera realizar por iniciativa propia.

Esto es lo que hizo París después del 18 de Marzo de 1871.

«Siempre tendré en la memoria, —dice un amigo nuestro, — aquellos bellísimos instantes de emancipación. Salí de mi casa para ir á las reuniones al aire libre que ocupaban á París de un extremo á otro. Todos discutían los asuntos públicos; la prevención personal había sido olvidada; nadie pensaba en comprar y vender, todos encontrábanse dispuestos para marchar en cuerpo y alma hacia el porvenir. Llevados del entusiasmo, algunos capitalistas saludaron con gozo el comienzo de una existencia nueva. — «Si hemos de hacer la revolución social, —exclamaban, — hagámosla cuanto antes! ¡Que todo sea de todos; estamos dispuestos á ello!» Se tenían los elementos de la revolución; todo lo que había que hacer surgió de la acción popular. Cuando por la noche regresé á mi casa, me dije: «¡Se ha de reconocer que la humanidad es grande! Nosotros no la hemos comprendido; se la ha calumniado siempre». Llegaron entonces las elecciones, nombráronse los miembros de la «Commune», y el poder del entusiasmo, el celo por la acción, fuéronse extinguiendo poco á poco. Cada uno volvió á sus diarias tareas, diciéndose: «—Ahora ya poseemos un gobierno honrado; dejémosle obrar.»

Y sabido es lo que luego sucedió.

* * *

En vez de proceder de este modo, en lugar de ir

siempre adelante, en vez de entrar por completo en un nuevo orden de cosas, el pueblo, confiando en un gobierno, lo abandonó todo á su iniciativa.

Esa fué la primera consecuencia, el resultado de las elecciones. ¿Qué iba ha hacer un gobierno investido con la confianza de todos?

II

Nunca hubo elecciones más libres que las de Marzo del 71. Los mismos adversarios de la «Commune» así lo han reconocido. Nunca el cuerpo electoral se sintió más fuertemente impulsado por el ansia de colocar á los mejores hombres en el poder, á los hombres del porvenir, á los revolucionarios.

Y fué lo que se hizo.

Todos los revolucionarios de fama fueron elegidos por formidable mayoría: jacobinos, blanquistas, internacionalistas, las tres fracciones revolucionarias estuvieron representadas en el Congreso comunal.

Imposible que elección alguna dé por resultado un gobierno mejor.

Y ya se saben las consecuencias. Poseedores de instrucciones para proceder de acuerdo con las formas establecidas por gobiernos anteriores, aquellos ardientes revolucionarios, aquellos refor-

madores, se encontraron en la imposibilidad de hacer algo bueno, algo provechoso. Con todo su valor y todo su exceso de buena voluntad, ni siquiera fueron capaces de organizar la defensa de París.

Verdad es que hoy se culpa á los hombres, á los individuos; más no fueron éstos la causa de aquella catástrofe, lo fué el método aplicado.

*
* *

Efectivamente, el sufragio universal, cuando es libre, puede á lo sumo proporcionar una asamblea que represente un promedio de las opiniones corrientes entre el pueblo en un momento determinado. Y este promedio, en los comienzos de toda revolución, es por lo general una idea vaga, pero muy vaga, de lo que se ha de hacer, sin tener en cuenta el *cómo* ha de hacerse.

¡Ah, si la mayoría de la nación ó del municipio fuese capaz de comprender antes del movimiento lo que debiera hacer tan pronto como el gobierno fuese derribado!

Si este sueño de los utopistas pudiera realizarse, jamás se hubieran hecho sangrientas revoluciones; la voluntad de la mayoría de la nación, una vez manifestada, bastaría para que se emprendiese de buena gana.

Mas no ocurren así las cosas.

Es probable que la revolución surja sin previo

conocimiento general. Y los que en la actualidad tienen clara idea de lo que habrán de hacer al día siguiente de la rebelión, constituye una pequeña minoría.

La masa del pueblo sólo tiene una idea general de lo que quisiera ver realizado, sin saber de qué modo se ha proceder para alcanzar sus fines, sin tener exacta conciencia del camino que ha de recorrer.

La solución práctica sólo se encuentra, sólo llega á ser patente y clara cuando el cambio de cosas ha dado ya principio; será el producto de la revolución misma y de la acción popular, ó no será nada.

La inteligencia de unos cuantos es completamente incapaz de encontrar aquellas soluciones que sólo pueden surgir de la vida del pueblo.

Tal es la situación que se refleja en las corporaciones elegidas por sufragio aun en aquellas que no tienen todos los vicios inherentes á los gobiernos representativos en general.

*
* *

El reducido número de hombres que representan la idea revolucionaria de la época, se ven cohibidos ó por los representantes de las escuelas revolucionarias del pasado ó por los del orden de cosas actual.

Estos hombres, cuya presencia en medio del

pueblo es tan necesaria precisamente en los días de rebelión, con el fin de que difundan sus ideas, de que pongan en movimiento á las masas y derriben prontamente las caducas instituciones del pasado, se ven precisados á detenerse en un salón cualquiera á discutir, en mayor extensión de la que se figuran, para arrebatár á los moderados algunas concesiones ó para convencer á los reacios, sin comprender que únicamente hay un medio de hacer aceptables las nuevas ideas, que es ponerlas en práctica á toda prisa.

El gobierno transfórmase de tal modo en el parlamentarismo con todos sus vicios, y lejos de ser un gobierno revolucionario, se hace el mayor obstáculo de la revolución, por lo cual el pueblo se ve al punto obligado á deponer á sus elegidos del día anterior.

Mas esto último no es ya tarea fácil. El nuevo gobierno siéntese llamado á organizar completamente una nueva administración y á dictar reglas para hacerse obedecer, y no puede en manera alguna mostrarse benévolo con las nuevas ansias del pueblo. Deseoso de mantenerse en el poder, se reviste de toda la fuerza de que es capaz una institución que tuvo tiempo de caer en senil descomposición.

Acuérdase, en vista de esto, oponer la fuerza á la fuerza, y sólo se halla un medio de destruirlo; que es tomar las armas y hacer nuevamente la revolución, esta vez á fin de aniquilar á aquellos mismos

en quienes el pueblo tenía puestas todas sus esperanzas.

* * *

Los elementos revolucionarios divídense en este punto. Luego de haber perdido un tiempo precioso en venir á un acuerdo con los adversarios, llega un momento en que se pierde la energía por internas disensiones entre los partidarios del nuevo gobierno y los que experimentan necesidad de anularlo para seguir la obra revolucionaria.

¡Y todo esto sin haber comprendido que una nueva vida requiere nuevos métodos, que la revolución no se hace pegándose á las antiguas fórmulas!

¡Todo por no haber comprendido la incompatibilidad del gobierno con la revolución, pues en cualquier forma que se presente, el uno será siempre la negación rotunda de la otra, y que fuera del principio anarquista, la revolución es imposible!

Esto es justamente lo que sucede con otra forma de gobierno revolucionario, por la cual declámaselo mucho: la dictadura revolucionaria.

* * *

Los peligros á que se halla expuesta una revolución, si la ha de seguir la dirección de un gobierno de elección popular, son tan evidentes, que una

escuela entera de revolucionarios ha renunciado á la idea aquella.

Opinan los revolucionarios á que aludimos que es imposible que un pueblo sublevado se procure por medio del sufragio un gobierno que no represente el pasado y que no se sujete de pies y manos al pueblo justamente en los momentos en que más falta hace llevar á cabo el inmenso trabajo de regeneración económica, política y moral que nosotros designamos con el nombre de Revolución social.

Rechazan, por tanto, la idea de un gobierno *legal*, por lo menos mientras dure la lucha contra la legalidad, é invocan la dictadura revolucionaria.

Dicen:

«El partido que consigue aniquilar un gobierno, debe ocupar su puesto por la fuerza. Debe, por consiguiente, apoderarse del Estado y proceder de una manera revolucionaria; tomar las medidas precisas para asegurar el triunfo del levantamiento y derrumbar las antiguas instituciones, organizando al propio tiempo la defensa del país.

»Y para los que no reconozcan su poder, la autoridad suya, no debe haber más que la guillotina; para los capitalistas ó trabajadores que rehúsen obedecer las órdenes que dicte, con el fin de regular el progreso de la revolución, también la guillotina, y siempre la guillotina.»

Tal es la lógica de los Robespierres en embrión,

de los que sólo se acuerdan de las postreras escenas del gran drama del pasado siglo.

Para nosotros, que somos anarquistas, la dictadura de un individuo ó de un partido,—en realidad viene á ser una misma cosa,—ha sido sojuzgada en definitiva.

Sabemos que una Revolución social no puede ser dirigida ni por un solo hombre ni por una sola organización; sabemos que revolución y gobierno son incompatibles, que la una aniquila al otro, cualquiera que sea el nombre—dictadura, parlamentarismo ó monarquía—que se dé al gobierno; sabemos, últimamente, que la fuerza y el valor de nuestro partido consisten en esta fórmula, que es la fundamental suya:

«Nada bueno y duradero se puede hacer como no sea por la libre iniciativa del pueblo; y toda autoridad tiende á destruirla.»

Por esta razón los mejores de nosotros llegarían á ser considerados como tunantes en menos de una semana, si sus ideas no pasaran por el crisol del pueblo, á fin de ser puestas en práctica, y se transformaran en directores de esa formidable máquina llamada gobierno, imposibilitándose de obrar con arreglo á su voluntad.

*
* *

La dictadura, aun la mejor intencionada, lleva á la muerte de la revolución.

Y más aún; la idea de la dictadura es siempre un producto insano del fetichismo gubernamental, que en unión del fetichismo religioso, ha perpetuado la servidumbre.

Que es lo que no olvidamos los anarquistas.

Mas no es nuestra intención hablar hoy de éstos. Vamos á hablar de los que, entre los revolucionarios gubernamentales, piensan honradamente y sólo desean que se discuta su actitud; y hablaremos de ellos desde sus propios puntos de vista.

III

Ante todo, séanos permitido hacer una observación general.

Los que proclaman la necesidad de la dictadura no comprenden generalmente que, al sostener aquel prejuicio, no hacen otra cosa que preparar el terreno para los que más adelante han de llevarles á la horca ó á la guillotina.

Esta es una de las afirmaciones de Robespierre, que sus admiradores harían bien en tener presente.

No negaba aquél la dictadura en principio; pero...

«—¡No olvidéis mis palabras!—decía en cierta ocasión.—¡Brissot será dictador!»

Efectivamente, Brissot, el maleante girondino, el mortal enemigo de la tendencia igualitaria popular, el miserable defensor de la propiedad, luego de haber afirmado que era un robo, Brissot habría escrito con gran placer, en el registro de presos de *L'Abbaye Prison*, los nombres de Marat, de Hebert y de todos los jacobinos moderados.

* * *

¡Pero esa cita—exclamaréis—data de 1792! ¡Y en aquella época, Francia llevaba ya tres años de revolución permanente!

En efecto, la realeza había sido extirpada; faltaba sólo darla el último golpe; y estaba ciertamente abolido el *régimen* feudal.

Sin embargo, aun en ese período, cuando la ola revolucionaria se extendía con toda libertad, es cuando tuvo muchas probabilidades de ser proclamado dictador el reaccionario Brissot.

¿Y en 1789? ¡Mirabeau, el gran orador, reconocido jefe supremo, pactando con el rey la venta de su elocuencia!

Esos, esos son los hombres que hubieran sido llevados al poder en aquellos tiempos, si el pueblo insurreccionado no hubiese permanecido fiel á su intento de hacer ilusorio todo poder constituido; así en París como en provincias.

Pero el prejuicio gubernamental ciega de tal manera á los que defienden la dictadura, que pre-

fieren preparar la de un Brissot ó un Napoleón, antes que renunciar á la idea de dar nuevo señor al pueblo en el momento en que rompe sus cadenas.

* * *

Las sociedades secretas del período de la Restauración y de Luis Felipe contribuyeron poderosamente á mantener el prejuicio de la dictadura. Los republicanos de la clase media, ayudados por el pueblo, hicieron entonces una multitud de conspiraciones para derribar la monarquía é implantar la república. No tenían en cuenta la inmensa metamórfosis que se había operado en Francia, y se imaginaban que, merced á una vasta conspiración, podrían en pocos días derribar al rey, tomar posesión del poder y proclamar la república.

Cerca de treinta años estuvieron trabajando las tales sociedades secretas, con una perseverancia y un valor heroicos. Si la república resultó naturalmente de la revolución de febrero (1848), fué debido á aquéllas sociedades, á su continua propaganda. Sin sus nobles esfuerzos, hoy mismo fuera imposible la república.

Su objeto era por entonces apropiarse el gobierno y colocar en el poder á los representantes de sus ideas, constituyendo una dictadura republicana.

Mas, como de esperar era, nada de esto suce-

dió. Como de costumbre, la conspiración no destruyó á la realeza; resultado inevitable de las condiciones en que las cosas se encuentran.

Los conspiradores prepararon la caída. Habían difundido diestramente las ideas republicanas. Sus mártires mostraban al pueblo su ideal. Mas el último esfuerzo, el que acabó por completo con la monarquía burguesa, fué mucho más poderoso, mucho mayor que el producido por la sociedad secreta; esfuerzo tan grande surgió de la masa total del pueblo.

Conocidas nos son las consecuencias. El partido que había preparado la caída de la monarquía se quedó sin el poder. Otros, que fueron harto prudentes para exponerse á los riesgos de una conspiración, pero más conocidos y á la vez más moderados, aguardando el instante de apropiarse el gobierno, ocuparon el lugar que los conspiradores habían pensado conquistar entre el formidable estruendo de sus cañones.

Algunos periodistas y abogados, oradores elocuentes, que habían trabajado á fin de crearse un nombre, mientras los verdaderos republicanos preparaban las armas para el combate ó gemían en las prisiones, tomaron por asalto el poder. Otros, también muy conocidos, fueron aclamados por la multitud; y otros, finalmente, empujéronse á sí mismos, avanzaron algo y fueron aceptados sólo porque sus nombres representaban un programa de acomodamientos con todo el mundo.

* * *

No se nos diga ahora que esto fué debido á la necesidad del pensamiento práctico de una rama del partido de acción y que otros obraron mejor.

No, mil veces no. Es una ley como la que rige los movimientos de los astros, que el partido de la acción esté alejado, mientras los intrigantes y los charlatanes ocupan el gobierno.

Son éstos más conocidos de la masa que da el último impulso. Alcanzan mayor número de votos con ó sin papeletas electorales, por aclamación ó mediante la urna electoral, que al fin es siempre un modo de elección tácita, la aclamación popular en un momento dado.

Son escogidos por todos, principalmente por los enemigos de la revolución, que prefieren elevar á los que no han de hacer nada. Y de esta manera son aclamados como jefes los enemigos del movimiento ó los que son indiferentes á su triunfo.

El hombre que más que ningún otro encarnó este sistema de conspiración, el hombre que pagó con la cárcel uno y otro día su entusiasmo por tal idea, Blanqui, arrojó á los cuatro vientos, poco antes de morir, estas palabras, que encierran todo un programa:

«Ni Dios ni amo.»

* * *

Suponer que un gobierno cualquiera puede ser derribado por una sociedad revuelta y que ésta puede reemplazar á aquél, es un error en que han incurrido todas las organizaciones revolucionarias que tuvieron su origen en la clase media republicana de Francia desde 1820.

Mas hay otros ejemplos que demuestran claramente nuestra tesis.

¡Cuánto entusiasmo, cuánta abnegación, cuánta perseverancia no se ha visto desplegar á las sociedades secretas republicanas de la joven Italia! Y sin embargo de todo aquel inmenso trabajo, de todos los sacrificios de la juventud italiana, ante los cuales palidece la obra de la juventud rusa, del mismo montón de cadáveres hacinados en las fortalezas de Austria después de caer bajo el hacha ó la horca del verdugo, la obra de las sociedades secretas siempre tuvo por herederos y sucesores á la miserable clase media y á la realeza.

* * *

Lo propio ha ocurrido en Rusia.

Difícil es encontrar en toda la historia una organización secreta que con medios tan reducidos haya alcanzado mejores resultados que los que obtuviera la juventud rusa, juventud que ha dado pruebas de una energía y de un valor tan poderoso.

sos como los del Comité Ejecutivo. Hizo temblar el poder de los czares, ese invulnerable coloso, é hizo imposible en Rusia el gobierno autocrático.

Serán, no obstante, en extremo estúpidos los que se figurasen que el Comité Ejecutivo llegará á ser dueño del poder el día que espire el de Alejandro III.

Otros hombres, los que se llaman prudentes, los que se cuidan de crearse una reputación, mientras los revolucionarios cavan sus propias sepulturas y mueren en Siberia; otros, digo, los intrigantes, los charlatanes, los letrados, los periodistas, aquellos que de vez en cuando vierten una lágrima fugitiva sobre las tumbas de los héroes y se confunden con los amigos del pueblo, esos son los que ocuparán el poder, dejando tras sí á los desconocidos que preparen la revolución.

IV

Esto es inevitable, es fatal, y no puede ser de otro modo.

No son las sociedades secretas ni las organizaciones revolucionarias las que dan el golpe de gracia á los gobiernos. La función ó misión histórica de aquéllas, es preparar el espíritu popular para la revolución; y cuando las inteligencias se hallan dispuestas y las otras condiciones parecen favora-

bles, surge el último esfuerzo, no precisamente del grupo iniciador, sino de la masa general ajena á la sociedad ú organización revolucionaria.

El 31 de Agosto de 1870, París fué indiferente al llamamiento de Blanqui. Cuatro días después era proclamada la caída del gobierno.

Mas entonces ya no fueron los blanquistas los primeros en promover el levantamiento; fué el pueblo, la muchedumbre quien destronó al hombre de Diciembre y proclamó á aquellos cuyos nombres sonaran en sus oídos dos años antes.

Cuando la revolución se halla pronta á estallar, cuando el movimiento está, por así decirlo, en el ambiente, cuando el triunfo se hace insondable, entonces mil hombres nuevos, sobre los cuales las sociedades secretas no han tenido influencia alguna directa, toman parte en el movimiento como las aves de rapiña que acuden al campo de batalla para llevarse los despojos de los muertos.

Esta inesperada cooperación es la que asesta el postrer golpe. Eligen sus directores, no entre los conspiradores sinceros é irreconciliables, sino entre los bullangueros, tanto más cuanto que se hallan influidos por la idea de la necesidad de un jefe.

Los conspiradores que mantienen el prejuicio de la dictadura, trabajan, pues, inconscientemente para que sus enemigos lleguen al poder.

* * *

Mas si lo que llevamos dicho es cierto en lo que respecta á los revolucionarios políticos, lo es más todavía para los que aspiramos á una revolución más profunda, la Revolución Social.

Promover el establecimiento de un gobierno cualquiera, una autoridad fuerte, obedecida por las masas, equivale á impedir y estorbar el progreso de la revolución.

Nada bueno puede proporcionarnos gobierno tal, que, por el contrario, puede causar inmensos daños.

Efectivamente, ¿qué es lo que se desea? ¿Qué es lo que se entiende por Revolución?

No es, desde luego, un simple cambio de gobernantes. Es la apropiación por el pueblo de toda la riqueza social. Es la abolición de todas las autoridades que paralizan y contienen el desarrollo de la humanidad.

Pero, ¿es con decretos como se puede realizar tan inmensa revolución económica?

Se ha visto en el pasado siglo al dictador polaco Kosciusko decretar la abolición de la esclavitud personal; y la esclavitud existía aun ochenta años después de publicado el decreto (1).

Se ha visto también á la Convención francesa,

(1) Se acordó este decreto en 7 de Mayo de 1794, siendo publicado el 30 del mismo mes y año. De haber sido realizado, la esclavitud personal habría quedado entonces abolida de hecho.

la Convención todopoderosa, la terrible Convención, como sus admiradores la llaman, decretar la división general de todas las tierras comunales arrebatadas á la aristocracia. Y como otros muchos, este decreto fué letra muerta, porque para realizar tal distribución, los propietarios del campo habrían tenido que hacer una nueva revolución, y las revoluciones no se hacen dictando decretos.

Así, pues, para que la apropiación de la riqueza por el pueblo llegue á ser un hecho real, es menester que aquél pueda obrar libremente, que se emancipe del espíritu de servidumbre á que se halla tan acostumbrado, que obre en virtud de su propia iniciativa, avanzando siempre, sin esperar por nadie.

Por consiguiente, no sólo rechaza esto la dictadura, aun la mejor inspirada, sino que es á la vez incapaz de ayudar á la revolución en la menor medida.

* * *

Y si un gobierno, aun cuando sea ideal y revolucionario, no da ninguna fuerza ni ofrece ventaja alguna para la obra de destrucción que perseguimos, aún ofrece menos garantías para la reorganización que necesariamente ha de seguir el movimiento revolucionario.

El cambio económico que resultará de la Revo-

lución social será tan grande y tan profundo, alterará de tal manera las relaciones actualmente fundadas en la propiedad y el cambio, que es imposible que uno ó varios individuos elaboren las formas sociales que han de producirse en el porvenir.

Esta elaboración sólo puede efectuarse por el trabajo de las masas en general.

Para satisfacer la gran variedad de condiciones y necesidades que surgirán en el momento en que sea abolida la propiedad individual, se necesita toda la flexibilidad del talento del país; la sola autoridad externa constituiría un peligro para este trabajo orgánico que hemos de realizar y, lo que es peor, sería un motivo de discordia y lucha constante.

Por consiguiente, hora es ya de abandonar esa ilusión del gobierno revolucionario, cuya falsedad ha sido demostrada tantas veces en la práctica y que tan cara hemos pagado. Hora es de que admitamos el axioma de que ningún gobierno puede ser revolucionario.

Acordémonos de la Convención, sin olvidar que las pocas medidas que tuvieron carácter revolucionario no fueron otra cosa que la sanción de actos ya realizados por el pueblo, que iba entonces al frente de todos los gobiernos. Como Victor Hugo en su pintoresco estilo nos dice, Danton empujó á Robespierre. Marat vigiló y empujó á Danton, y Marat mismo fué á su vez empujado por Cimour-

dain, la personificación de los clubs de los *locos* y de los rebeldes.

Como todos los gobiernos que la precedieron y la siguieron, la Convención sólo fué una enorme pesa atada á los piés del pueblo.

* * *

Los hechos que la historia nos presenta son en este sentido concluyentes; la imposibilidad de un gobierno revolucionario y la inutilidad del que por tal se tiene, son tan evidentes, que difícil resulta explicar la tenacidad con que una escuela que se llama socialista mantiene la necesidad de un gobierno.

Aunque la explicación de esto es sencillísima.

Es que los socialistas como ellos mismos se nombran, tienen de la Revolución una idea muy distinta de la que nosotros profesamos. Para ellos, de igual modo que para todos los radicales de la clase media, la Revolución social es asunto del porvenir, que está muy lejos de poder realizarse hoy.

Lo que piensan en realidad, lo que sienten en el fondo, es una cosa sumamente distinta al establecimiento de un gobierno como el de Suiza y el de los Estados Unidos, con el aditamento de la apropiación por el Estado de lo que ingeniosamente llama «servicios públicos». Es un puente entre el ideal de Bismarck y el de los trabajadores

que esperan elevarse á la dignidad de presidente de la República norte-americana. Es un compromiso hecho de antemano entre las aspiraciones sociales de las masas y la codicia de la clase media. Quisieran, sí, la expropiación completa, mas, no teniendo valor para intentarla, reléjanla á siglos futuros y antes de empezar la lucha entablan negociaciones con el enemigo.

Para nosotros, que opinamos que los instantes son precisos para dar á la clase capitalista el golpe de gracia, que no está lejos el día en que el pueblo se apoderará de toda la riqueza social, reduciendo á la clase explotadora á la impotencia; para nosotros, digo, la duda es imposible. Nos lanzamos en cuerpo y alma á la Revolución social; y como todo programa de gobierno, llámese éste como se llame, es un obstáculo á la Revolución, haremos ineficaces y barreremos todas las ambiciones individuales de cuantos pretendan erigirse en legisladores de nuestro destino.

¡Basta, pues, de gobiernos! ¡Paso al pueblo, paso á la Revolución Social!

FIN

Toribio Taberner, Editor
Rosellón, 224 — LA VIDA LITERARIA — Barcelona

Obras de Actualidad é importantísimas

Á CUATRO REALES TOMO

- | | |
|-----------------|--|
| A. Carnegie | El dominio de los negocios |
| — | El A B C del dinero |
| T. Roosevelt | El Ideal Americano |
| — | Las dos Américas, LA VIDA INTENSA |
| R. Kiplinck | Lo que codician Rusia y el Japón |
| P. Giner | Mujeres de América |
| Turguenev | Los Nihilistas |
| W. Sieroszewski | Yang-Hun-Tsy (El diablo extranjero) |
| Kozumi Yakumo | El Japón desconocido |

Los pedidos pueden hacerse indistintamente
á **La Vida Literaria**, ó al **Centro Editorial Presa**;
las condiciones y descuentos serán iguales.
Pídase el Catálogo general de ambas casas

CENTRO EDITORIAL PRESA

Hospital, 115.—BARCELONA

LOS PEQUEÑOS GRANDES LIBROS

BIBLIOTECA POPULAR ECONÓMICA

— 25 Y 50 CÉNTS. CADA TOMO —

- | | | |
|----------|---|-------------------------------|
| 1 | { Un siglo de espera | <i>Pedro Kropotkine.</i> |
| 2 | { El gobierno revolucionario | <i>Eliseo Reclús.</i> |
| 3 | { El patriotismo | <i>Miguel Bakounine.</i> |
| 4 | { Antes del momento | <i>Carlos Malato</i> |
| 5 | { La ley de los salarios | <i>Julio Guesde.</i> |
| 6-7 | { Demasiadas leyes | <i>Herbert Spencer.</i> |
| 8 | { Educación burguesa y | <i>Juan Grave.</i> |
| 8 | { Educación libertaria | |
| 9 | { Los dolores del mundo. | <i>Art. Schopenhauer.</i> |
| 10-11 | { Lo que yo pienso de la guerra | <i>Conde León Tolstoy.</i> |
| | { (<i>Despertad!</i>) | |
| 12 | { La Anarquía | <i>Enrique Malatesta.</i> |
| 13 | { El Liberalismo Clerical. | <i>Ernesto Renán.</i> |
| 14-15 | { La Commune | <i>Luisa Michel.</i> |
| 16-17 | { Los Tiempos Nuevos | <i>Pedro Kropotkine</i> |
| 18 | { Socialismo Utópico y | <i>Federico Engels.</i> |
| 18 | { Socialismo Científico | |
| 19-20 | { El árbol del bien y del mal | <i>Emilio Littré.</i> |
| 19-20 | { La idea de justicia | |
| 21-22 | { Las facultades mentales en el hombre | <i>Carlos R. Darwin.</i> |
| | { y en los animales | |
| 23-24 | { Estudios críticos | <i>Emilio Zola.</i> |
| 25-26 | { Un viaje por los Cielos. | <i>Camilo Flammarion.</i> |
| 27-28 | { El derecho á la pereza | <i>Pablo Lafargue.</i> |
| 29 al 32 | { El porvenir de la raza blanca. | <i>J. Novicow.</i> |
| 33 | { El Socialismo Agrícola | <i>Emilio Vandervelde.</i> |
| 34 | { La disciplina de la experiencia | <i>Samuel Smiles.</i> |
| 35-36 | { Maravillas de la vida. | <i>Ernesto Haeckel.</i> |
| 37 | { Entre campesinos. | <i>Enrique Malatesta.</i> |
| 38 | { Crítica contemporánea | <i>Max Nordau.</i> |
| 39-40 | { Socialización de la sociedad | <i>Augusto Bebel.</i> |
| 41 al 44 | { El Amor libre | <i>Carlos Albert.</i> |
| 45 | { El materialismo á través de la poesía | <i>E. Soler de las Casas.</i> |
| 46 | { Psicología de la revolución | <i>P. G. Proudhon.</i> |
| 47-48 | { El concepto de la Historia. | <i>Juan Faurés y</i> |
| | { (controversia), por | |